

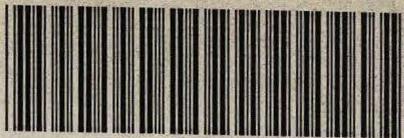
100

ZOZAYA

POE LOS  
JUDICES SERENO

PQ6647  
.08  
P62

R. G.



1020028112



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO  
RICARDO CAVARRUBIAS

POR LOS CRUCES SERENOS

OBRAS DE ANTONIO ZOZAYA

---

*La crisis religiosa.*  
*La contradicción política.*  
*Miscelánea literaria.*  
*Instantáneas.*  
*Ripios clásicos.*  
*De carne y hueso.*  
*La dictadora.*  
*Crónicas del año uno.*  
*Crónicas del año dos.*  
*El huerto de Epicteto.*  
*El libro del saber doliente.*  
*Por los cauces serenos.*  
*Biblioteca Económico-filosófica (74 tomos).*

CUENTOS ILUSTRADOS

*La maldita culpa.*  
*Cómo delinquen los viejos.*  
*La princesita de pan y miel.*  
*La bala fría.*  
*El pequeño Édison.*  
*La noche grande.*

OBRAS DRAMÁTICAS

*Cuando los hijos lloran.*—Teatro de la Princesa.  
*Misterio (Tríptico campesino).*—Teatro Español.

ANTONIO ZOZAYA

---

POR LOS CAUCES SERENOS

07404  
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

RECUERDOS DE INFANCIA

SOLILOQUIOS

ESCENAS RÚSTICAS



ANEXO A LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA  
101247

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

VALENCIA

33992

PQ 6647  
.08  
P 62



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

---

*Esta Casa Editorial obtuvo Diploma  
de Honor y Medalla de Oro en la Expo-  
sición Regional de Valencia de 1909 y  
Gran Premio de Honor en la Interna-  
cional de Buenos Aires de 1910.*

---

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. E.**

---

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.<sup>as</sup>—VALENCIA

À LA MEMORIA

del insigne cronista

**D. Isidoro Fernández Flórez**

(FERNANFLOR)

868

Z

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## PRÓLOGO

---

Con gustarme mucho las novelas descriptivas, me agradan más las filosóficas. Me gustan, de las novelas de Blasco Ibáñez, *La Catedral*, *La Horda* y *El Intruso* tanto como *La Barraca* y *Entre naranjos*. Quiero decir que me place leer esas novelas en que el autor filosofa por boca de sus personajes, sin abandonar, claro está, la trama de la acción.

En España Blasco Ibáñez marcha á la cabeza de esta clase de novelistas, siguiéndole Antonio Zozaya. Encuentro una gran afinidad en la manera de novelar de ambos, sobre todo una gran afinidad de sentimientos; sólo que Blasco Ibáñez es duro, luchador, aconseja la violencia como el único medio de combate, á la vez que Zozaya es dulce, patriarcal, echa mano del amor como fuerza. Para aquél las injusticias, las desigualdades, claman venganza, rugen de ira y esperan el desquite en la hora suprema de la Justicia social; sus conflictos, sobre todo el magistral de Gabriel Luna en *La Catedral*, se resuelven siempre á lo zolesco, con una verdad cruda; para éste, por el contrario, los dolores sólo inspiran lástimas, las desdichas de los hombres no le arrancan blasfemias, sino lágrimas; Zozaya es un *poeta en prosa...*; pero la pluma de ambos sólo se mueve para protestar contra el mal.

El temperamento de Zozaya le hace ver el mundo con ojos de bondad; mas él cree en el mal, lo encuentra y lo conoce, y después de exponerlo reflexiona sobre él; es por esto por lo

que las novelas de Zozaya tienen mucho de filosóficas, tal vez porque en ellas se refleja intensamente el alma del autor. En los problemas de Zozaya impera siempre el sentimiento, pero no el sentimiento romántico, sino el sentimiento espontáneo que nace del instinto, principalmente el sentimiento del amor; sus personajes no se mueven nunca impulsados por ese romanticismo *echegayaresco*, tan prodigado en el folletín, que por el contrario, cuando sufren, cuando lloran, cuando se arrastran á lo largo del camino de su vida se complacen sólo con enseñar á los demás hombres las llagas de su cuerpo; no blasfeman, sino lloran; no protestan, sino mueren amando... Es á esos, á los que un distinguido escritor ha llamado *verdaderos humildes, verdaderos grandes*, á los que Zozaya consagra sus amores y da vida en sus obras; por eso éstas siempre tienen ese sublime encanto de la poesía que pasa por los lozadales sin mancharse.

Hay que distinguir, al hablar de novelas, los *narradores* de los *verdaderos novelistas*: aquéllos (hoy, por desgracia, muy en boga en nuestra patria) se contentan con *referirnos* una acción que la mayor parte de las veces no tiene ni aun el atractivo del buen gusto. Escriben y escriben, sin otro fin que *hacer volumen*, como se dice editorialmente hablando, más sin poner nunca á lo largo del desierto de su narración el oasis de un pensamiento nuevo ú original, de una observación que revele el espíritu culto y superior, de una frase irónica que fustigue viejas escuelas ó ñoñas costumbres.

Hay actualmente en nuestra patria *narradores* que presumen de *novelistas*, de *críticos*, de *eruditos*, de *poetas*, de *sociólogos* y de mil cosas más; *narradores* cuyo único mérito consiste en haber logrado que un editor amigo les imprimiera una obra que luego el compañero de redacción y el brillo que en provincias tiene todo libro impreso en Madrid se han encargado de subir por las nubes...

Pero el *novelista* es una cosa muy diferente de eso. El *novelista* es observador, artista y poeta á la vez; observando la

vida á través de un espíritu siempre superior, mueve sus personajes ó con un fin didáctico y moral ó con un fin recreativo, mas siempre deleitante y ameno y sujetándose á la estética literaria. «Una novela—ha escrito don Juan Valera—no ha de pintar las cosas tal cual son, sino más bellas de lo que son», y al hablar así el genial maestro aconsejaba que se pintase la vida desprovista de esa parte dolorosa, *fea*, pudiéramos llamar, que siempre la acompaña en la realidad, para dar cabida únicamente á la parte amable, *bella*, de la vida, realizando de ese modo el novelista un verdadero fin estético. Es por esto por lo que es tan perjudicial en la literatura un *narrador* como conveniente un *novelista*...

Y en nuestras letras, de los pocos novelistas que tenemos es uno de ellos Antonio Zozaya. Su estilo tiene una de las cualidades más apreciables y precisas al literato: la naturalidad. No esperéis al leer á Zozaya esos párrafos retumbantes, vacíos de sentido, que tanto prodigan los rutinarios y dogmáticos, ni buscar en su prosa sana y sincera esas combinaciones y figuras de que tanto abusan los modernistas en su afán de decir las cosas de una manera nueva y original y que conducen á la extravagancia; no: su estilo es natural, llano, sincero, tal como se lo dictan sus sentimientos y su visión de la vida; escribe sin afectación, como si hablara, sin acatar otra escuela que la de su propio pensamiento, dejando en las cuartillas al correr de la pluma el reflejo de su visión de las cosas que él sabe descubrir como nadie, sin esa cáscara maloliente y *fea* de que en la realidad van revestidas. Ofreciendo así al lector sólo la parte bella y codiciable de la vida, aquella que según los maestros, es la única que se debe exponer en los libros.

Mas no creáis por esto que Zozaya es un espíritu optimista: lejos de eso, en sus producciones flota siempre un mal, al que hay que combatir y vencer; sólo que para él, como para el poeta, es amable hasta el mal. Todo cuanto rodea al hombre es bello y bueno, y el dolor es también *bello* y *necesario*, ya que sin él no existiría la vida. Y esa conciencia, en Zoza-

ya, de que el mal ha de recaer necesariamente sobre algunos hombres, le arranca sus mejores párrafos. «Á los humildes, á los tristes, á los que lloran, á los que en la tierra han hambre y sed de justicia, á los que nada poseen...», ha escrito Zozaya en la dedicatoria de una de sus mejores obras; el dolor y el sufrimiento ajenos le hacen estremecer de pesadumbre; sólo que en él ese dolor y ese sufrimiento no arranca la ira que en el espíritu de Tolstoi, ni el pesimismo que invoca al mal, del alma lacerada de Baudelaire; él presencia el desfile de las miserias, el rebaño inacabable del dolor y de la desventura, y en ese momento quisiera disponer de todos los bienes de la tierra, poseer una vara mágica para trocar en alegres los rostros sombríos de los pobres, para cubrir sus carnes ateridas y amoratadas, para calmar su hambre, para ofrecerles un hogar; y la contemplación de ese dolor necesario, innato á la humanidad, lejos de blasfemias, le arranca lágrimas. Es por eso por lo que en todos los libros de Zozaya encontraréis la sublime poesía que el amor y la conmiseración ponen sobre todas las cosas. Observad la vida con él, guiándoos por su modo de sentir, y acabaréis por rodear las cosas de un sublime encanto poético que las hace amables; y si pensáis con el maestro, si reflexionáis con Zozaya, no podréis nunca dejar de acatar aquellas verdades consoladoras que pone en sus doctrinas; porque para Zozaya, el bien, la verdad, la belleza, lo son todo, lo valen todo; es preciso inculcar en el individuo un severo concepto de esas ideas, para que luego pueda exclamar con él: «Aquel que ha sabido elevar su corazón y su inteligencia, sabe que vale más un hombre honrado en la miseria que un cerdo satisfecho.»

Es de esos consejos y de esas teorías de los que andan muy necesitados nuestros tiempos, ahora en que el brillo del oro todo lo justifica y todo lo permite; por eso es por lo que leyendo á Zozaya formamos el verdadero concepto de la vida, elevándonos con él á esa región superior de la inteligencia y el sentimiento, desde la cual todo es amable, todo merece la pena de vivirse, porque todo es bello y todo necesario. Sólo

de ese modo, siguiendo á Zozaya, podremos nosotros, aun viviendo aquí bajo, escalar las sublimes regiones del ideal...

... : . . . . .  
Pero Zozaya no es solamente novelista y filósofo: es además poeta. «Lo que más me deleita—me ha dicho Zozaya—, es el pasado, no como fué, sino como lo describimos; el presente, no como es, sino como lo describimos también; el futuro, no como será, sino como lo proyectamos; la Naturaleza embellecida por el arte; éste inspirado en la Naturaleza.»

¿No es eso todo un poema?

¿No hay encerrado en esas palabras un sublime amor á lo bello? Zozaya, ya lo veis, no ama ni describe las cosas *tal cual son*, sino *más bellas de lo que son*: las ama á lo poeta.

Siente Zozaya el anhelo sublime de lo ideal, de lo desconocido, de lo bello, y exclama: «Mis ambiciones: sufrir por algo grande.»

«Lo que me consuela: proteger á los débiles, mirar con indiferencia á los fuertes, confiar en lo absoluto desconocido y cumplir el deber.

»Mis amores: el ideal, mi casa, mi mujer y mis hijos.»

No conozco una poesía más bella ni más consoladora que ésta: y eso que en las producciones literarias de Zozaya flota siempre ese perfume poético.

Me gustan de entre sus obras extraordinariamente *La dictadora* y *La maldita culpa*, pero prefiero entre sus novelas *La princesita de pan y miel*; hay en ella un ambiente de poesía que cautiva el ánimo; y más que una poesía es el ideal realizado de aquella niña humilde, un sueño de doncella petrificado en un rayo de luna...

Con ese concepto literario de Zozaya, no es de extrañar que en las letras no recoja más que laureles; recientes aún los aplausos que el público tributó en el Español en la pasada temporada á su bellísima obra *Misterio*, prepara el poeta un drama en tres actos y una comedia en dos, aun sin título, que todos ansiamos conocer; y tanto esas obras como las demás que prepara el gran novelista (*Fisiología de la envidia*, estu-

dio de psicología experimental; *Amores locos*, historia en verso, y algunas otras), las esperamos nosotros con tanta mayor ansiedad é impaciencia cuanto que estamos seguros de que ellas han de venir á enriquecer nuestra literatura, tan necesitada de espíritus que, cual el de Zozaya, la sepan amar y tratar como ella se merece.

Y sería injusto si firmara esta ligera crítica sin hacer constar aquí que Zozaya, después de haber conseguido, á fuerza de talento y trabajo, hacer de su bufete de abogado uno de los más populares de Madrid, y teniendo un brillantísimo porvenir en el foro, abandonó su carrera para consagrarse á la literatura, renunciando, con espíritu generoso y altruista, á las ventajas y los goces que con su esfuerzo en la vida se había conquistado. Mas su voluntad ha salvado todos los obstáculos, su talento y su inteligencia le han llevado al triunfo en un espacio de tiempo inverosímil; á él debe nuestra literatura, á más de sus magistrales obras, el contar con las mejores de los filósofos extranjeros, que él ha traducido y reunido en la popular «Biblioteca Económico-filosófica», fundada por él.

Zozaya tiene, como veis, una amplísima y robusta personalidad; pero de todos sus méritos, de sus raros talentos, el que me esclaviza es el que á él le distingue, el que sólo él posee en nuestra patria y nuestro idioma: la facultad de disfrazar con la prosa la poesía de sus producciones; nadie ha podido, como Zozaya, expresar su pensamiento en la amplitud de nuestra prosa y condensar al mismo tiempo en sus renglones la miel de la poesía, de su poesía que eleva, que dignifica, que ennoblece, que nos lleva á regiones ideales...

ANTONIO GUARDIOLA.

## POR LOS CAUCES SERENOS

---

### RECUERDOS DE INFANCIA

---

#### Cosas de chicos

¡Oh pulcro cuanto bien mirado don Pedro Zoilo, mi abuelo y señor carnal! Menos emprendedor que el de Mantua, pero sí tan honesto como el de Amadis, fué espejo de hidalgos y trasunto de cortesania. ¿Cómo olvidar la reducida estancia en que, reclinado en su sillón de piel de Vitoria, apoyado el menton en la palma rugosa, registraba sus libros de patología quirúrgica? Aquellos libros alineados en rinconeras sólidas de acajú, eran envidia, y aun ansia codiciosa, de los netezuelos. Pero el cirujano era inflexible. Apenas nos contemplaba encaramados en su rebusca, arqueaba las nitidas cejas, nos lanzaba una mirada iracunda y murmuraba escandalizado:—¡De ningún modo; esos libros, no!

Espoleaban tales repulsas nuestra curiosidad infantil. Un día hubo de decirnos que los niños no debían ver libros que hicieran peligrar la higiene y robustez de la raza. No entendimos aquello, pero luego hemos encontrado igual argumento en los pedagogos ingleses. Tal vez no tuvo presente